

Del autor que ha cautivado a más de 100.000 lectores en todo el mundo



FERNANDO MACÍAS

La Ciudad de los Disfraces



Bajo la ciudad más antigua de Occidente se esconden unas galerías secretas a las que solo unos pocos elegidos pueden acceder. A través de estos túneles construidos hace miles de años se accede a mundos muy diferentes a los que conocemos.

¿Te atreves a descubrirlos?

Para lectores de 9 a 99 años (a partir de 100 años o más, por favor, consulte con su médico).

*A Cádiz, la única y verdadera
Ciudad de los Disfraces*

#Capítulo1

Kira era una chica alegre. Probablemente, la chica más alegre de la ciudad. Y eso era complicado en un lugar como Cádiz, donde la gente era muy pero que muy alegre.

Aquella mañana se había levantado más contenta que nunca. Y es que ese día tocaba pintar con acuarelas, cosa que adoraba. Todo lo que fuera colorear la ponía de buen humor.

Había decidido llevar un pantalón rosa, una camisa blanca y un jersey celeste que tenía bordado una gatita blanca que jugueteaba con un ovillo de lana. Hacía tiempo que ella misma elegía su ropa, y para un día tan especial quería ponerse su jersey preferido.

La mamá de Kira sonrió al verla sentarse en la mesa para tomar el desayuno.

—¿Qué tal has dormido hoy, Kira? —le preguntó a la vez que terminaba de cortar una manzana en dos.

—Muy bien, mami. ¿Y tú? —respondió Kira, dejando la mochila del colegio a los pies de la mesa.

—Muy bien también, cariño. —Su madre le ofreció un trozo de manzana que ella cogió plantándole un beso en la mejilla—. ¿Sabes qué, Kira? —le preguntó a su hija. Esta respondió arqueando las cejas y negando con la cabeza repetidas veces mientras masticaba la manzana—. Hoy he tenido un sueño muy raro. La verdad es que últimamente tengo unos sueños un poco extraños. He soñado con una ciudad en la que todo el mundo iba disfrazado, incluso para ir a trabajar.

Aquello a Kira le pareció muy divertido e intentó imaginárselo. Su imaginación no tenía límites y no le fue muy

complicado llegar a ver en sus pensamientos el sueño de su madre.

—Sería guay ir al colegio siempre con un disfraz. ¿No crees, mamá?

Su madre la miró pensativa.

—Pues yo no me veo yendo disfrazada al trabajo, si te soy sincera —admitió esta, ofreciéndole otro trozo de manzana. Kira seguía pensando en cómo sería vivir en un mundo así.

Esa mañana, además de manzana, Kira desayunó fresas y un batido de plátano que su madre hacía increíble. Tras acabar el desayuno, se echó a la espalda la mochila, dio un beso a sus padres y se marchó al colegio.

Kira iba sola a clase. No estaba muy lejos de casa y le daba algo de corte que sus padres la acompañaran, o peor, que su madre la llevara de la mano. ¡Como si ella no supiera andar o cruzar los semáforos!

El sol aún se desperezaba y los pájaros ni siquiera habían hecho el intento de decir «este pico es mío». Sin embargo, ella iba de camino a clase con energía y con un danzar que hacía que su melena volara de un lado a otro.

Siempre tenía una sonrisa tatuada en la cara, la cual se hacía aún más grande cada vez que se cruzaba con algunos de sus compañeros que iban de camino a clase. Estos intentaban dejar de bostezar o disimular las legañas de sus ojos.

—¿Cómo puedes estar tan contenta siempre, Kira? —le preguntó Vega, un compañero de clase al que adelantaba en ese momento.

Vega era pelirrojo, un poco más alto que ella, aunque no lo pareciera. Cargaba con una maleta tan pesada y tan llena de libros que le hacía jorobado. Nunca se separaba de su pistola de bolas de pintura. No le dejaban llevarla al colegio, pero él siempre se las ingeniaba para colarla entre sus cosas.

—¿Cómo no estarlo, Vega? ¡Hoy vamos a pintar con acuarelas!

La respuesta no hizo que su compañero se alegrara demasiado. Solo se encogió de hombros, ajustó su mochila a la espalda y vio como Kira le adelantaba con sus saltos.

—Si al menos pudiera pintar con mi pistola, estaría más contento —dijo este mirando su arma con resignación y sin que Kira lo escuchara.

El colegio estaba situado junto a una playa llamada La Caleta, algo que también le encantaba. Cuando se aburría en clase, que era muy a menudo, a Kira le gustaba contemplar el mar desde su pupitre.

Podía ver los buques mercantes y a los grandes cruceros arribar a la ciudad. Desde allí también se veían pequeñas barquillas de pescadores que no se alejaban mucho de la costa y que solían volver a la orilla cargadas de caballas y mojarritas.

Todos sus compañeros de clase la adoraban, al igual que Kira a ellos. Bueno, a todos menos a Valentina. La verdad es que a nadie le caía bien Valentina. Ni siquiera a sus maestros, aunque estos jamás lo reconocerían.

Valentina era una niña muy alta para su edad. Tenía el pelo castaño y rizado. Siempre necesitaba ser el centro de atención de toda la clase y si no lo era, las consecuencias eran imprevisibles, o al menos eso pensaba Kira.

Iba saludando a los profesores y compañeros que se encontraba de camino, hasta que entró en el colegio. Kira no tardó mucho en tomar asiento en su pupitre. Era una de las primeras que lo hacía ese día, cosa poco habitual en ella —solía ser de las últimas en entrar en clase—. Su maestro, don Adolfo, la vio dejar su mochila en el suelo y le dedicó una sonrisa.

—Parece que hoy tienes ganas de dar clase, ¿no, Kira?

—Claro que sí, don Adolfo. Hoy toca pintar con acuarelas, ¿lo recuerda?

El maestro no pareció muy convencido, lo que hizo que Kira tuviera una extraña sensación.

—Espero que nos dé tiempo —dijo, al final, algo dubitativo—. Hay un tema que tenemos que ver antes que quizás nos tome algo de tiempo.

Kira, torció el gesto, sacó el libro y la libreta de matemáticas y las dejó sobre el pupitre. Había hecho la tarea, por supuesto. Apenas le había llevado unos minutos. Las fracciones eran ya pan comido para ella. Diría incluso que le aburrían bastante.

Al momento, un grupo de niños entraron en clase rezagados. Tenían la cara descompuesta, como si hubieran comido algo en mal estado o hubieran desayunado acelgas.

Tras ellos llegó Valentina. Ella siempre entraba la última. Esta vez sonreía más de lo normal.

«¿Qué habrá pasado?», se preguntó Kira sin quitarle los ojos de encima. Había algo que la hacía sospechar.

Y tenía razón para ello.

#Capítulo2

El maestro don Adolfo rogó a todos que terminaran de tomar asiento, sacaran los materiales para la clase de matemáticas y guardaran silencio.

—Hoy tengo una noticia que daros —anunció sin dejar de mirar a Kira. Esta se temió lo peor—. El director junto con la asociación de madres y padres de alumnos han decidido imponer una serie de nuevas normas dentro del colegio.

Todos los alumnos miraban al maestro algo confundidos. Izan, incluso, había dejado de comerse la goma de borrar. La que no había cambiado su sonrisa maléfica era Valentina. Kira tuvo la sensación de que ella estaba detrás de todo eso.

—A partir del próximo lunes habrá que venir uniformados —dijo finalmente el profesor con algo de tristeza en su tono de voz. Parecía que él no estaba muy de acuerdo con esa medida.

—¿Cómo? —preguntó Kira nada más escuchar la palabra «uniformados».

—¿Qué es un uniforme, maestro? —preguntó Izan dando un mordisco a la goma de borrar.

—Un uniforme es una ropa que todos llevaremos igual para venir al colegio.

—¿Los profesores también vendrán con uniforme? —preguntó Kira disgustada y cruzada de brazos.

—Bueno, el uniforme es solo para los alumnos —respondió el maestro, a la vez que repartía una hoja informativa que deberían entregar a sus padres.

#Capítulo3

Al llegar a casa les dio un beso a sus padres y fue a dejar la mochila en su cuarto. Estaba completamente descorazonada. La noticia del uniforme había sido un palo muy duro para ella. Ya se estaba imaginando a todos los niños y niñas del colegio con la misma ropa como si fueran presidiarios o trabajadores de un establecimiento de comida rápida.

—¿Qué tal ha ido el colegio, Kira? —le preguntó su padre, que veía las noticias deportivas en la televisión.

—Mal —respondió Kira secamente.

—¡Uy! ¿Qué le pasa a la niña más risueña de la ciudad?

—Nada —volvió a decir, cabizbaja.

—Pues me da a mí que sí te pasa algo. ¿No me lo quieres contar?

—No. Pero toma —dijo, entregándole una nota del colegio.

Su padre la leyó atentamente y cuando acabó se la devolvió.

—¿Así que es eso? Te van a poner uniforme en el colegio. Eso está guay, ¿no?

—¿Guay, papá? ¿Guay? Si para ti «guay» es sinónimo de aburrido, entonces sí es guay.

—¿De verdad no te lo parece? —preguntó su padre, intentando quitarle hierro al asunto.

—Guay sería ir al colegio todos los días disfrazado. Ir todos los días en uniforme es un rollo. ¡Quiero que me cambiéis de colegio mañana mismo!

—Eso ya no va a ser posible —le reconoció su padre—. Además, casi todos los colegios de la ciudad llevan uniforme.

—¿Y eso por qué, papá? —la pregunta de Kira rebosaba indignación.

—Supongo que para que todos seáis iguales. Dicen que fomentan la igualdad, la comodidad, el ahorro y no sé qué cosas más. ¿No has leído el papel?

—Eso es una tontería, papá. Todos los niños somos diferentes los unos de los otros. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Qué hay de malo en ser diferente? ¿Por qué nos quieren a todos iguales?

Su padre se quedó unos segundos atusándose el bigote, pensativo.

—No lo sé, Kira —respondió finalmente—. Pero será mejor que te vayas haciendo a la idea. La decisión es firme y no podemos hacer nada.

Kira se sentó en la mesa sin apetito.

Ese día su madre había hecho de comer arroz con pollo, uno de sus platos preferidos. Aun así, lo estaba comiendo con las mismas ganas y con la misma tristeza que si fuera un plato de espinacas con garbanzos.

Al llegar la tarde, su amigo Vega fue a buscarla para que bajara a jugar. Tenía una nueva pistola de bolitas y quería probarla con una Barbie antigua que le había dejado su hermana mayor. Pero Kira le respondió que prefería quedarse en casa.

Su amigo, alarmado por su respuesta, subió a su casa para hablar con ella.

—¿Qué te pasa, Kira? ¿Cómo que no quieres bajar a jugar? ¿Estás enferma? Mi hermana me acaba de dar esta Barbie y quiero darle balazos de pintura hasta que no quede un trozo de color carne por ningún lado.

Kira miraba al techo tumbada en su cama con la colcha de Superwoman.

—No me apetece, Vega. Tu propuesta es tentadora, y sabes que siempre suelo decir que sí. Pero ha sido un día duro en el colegio. No me apetece otra cosa que quedarme aquí tumbada.

—No hay quien te entienda, Kira.

Vega se resignó y tomó asiento en la cama junto a ella.

—¿Y estás así porque te queda mucho que estudiar?

—No, bueno, lo normal. Es otra cosa mucho peor lo que me tiene así.

—¿Otra peor?, ¿el qué?

—Lo del uniforme, Vega. Vamos a tener que llevar uniforme a partir de la próxima semana. ¿No crees que es injusto?

—¡Bah! Eso es una tontería, a mí me da igual.

—Pues a mí no —dijo Kira secamente—. Yo quiero ir al colegio vestida como me apetezca.

Vega le acarició el hombro.

—Lo siento mucho, Kira —se lamentó su amigo que acabó abrazándola burlonamente.

#Capítulo4

Kira no tuvo más remedio que acompañar a sus padres a comprar el uniforme. El viernes después de merendar fueron al centro de la ciudad. En la nota del colegio habían incluido una tienda específica donde podrían encontrar el dichoso uniforme.

El establecimiento tenía un gran escaparate con diferentes maniqués de niños uniformados. Los maniqués sonreían como si fuera lo más divertido del mundo vestir con esa ropa. Antes de entrar, Kira los miró desafiante.

Había uniformes de todos los colores y con el escudo de casi todos los colegios de la ciudad. La tienda estaba muy cuidada y había varias dependientas muy guapas y elegantes atendiendo a los clientes.

Kira entró detrás de sus padres con la cabeza gacha, como si la condujeran a una prisión en la que pasaría el resto de sus días haciendo operaciones de multiplicar y dividir de centenares de cifras. Aunque dentro todo pareciera muy bonito y alegre, para Kira no era más que una fachada.

Con solo dar un par de pasos en la tienda escuchó una risita conocida. Una de esas risitas que la hacían ponerse de mal humor. Era, sin duda, la risa de Valentina.

—¡Hola, Kira! —la saludó a pocos metros con un gesto exagerado con la mano.

—Hola, Valentina —respondió Kira casi arrastrando las sílabas, como si pronunciar su nombre le diera pereza.

—¿Has venido a comprar el uniforme a la tienda de mi madre? —quiso saber Valentina.

—¿Esta tienda es de tu madre? —preguntó inmediatamente. Sabía que algo olía mal. Y ahí estaba. Delante de

sus ojos. Se culpó por no haberlo visto antes.

—Sí, claro. ¿No lo sabías? Mi madre abrió el negocio hace ya un par de años. Y le va muy bien, ¿sabes?

Kira se quedó pensativa unos instantes. Todo en su cabeza comenzó a cobrar sentido. Las nubes que emborronaban sus pensamientos se esfumaron como por arte de magia.

—¿Y ha sido ella o tú la que ha impuesto el uniforme en el colegio? —preguntó Kira lanzándole una mirada retadora a Valentina

—Bueno, el director ha sido quien ha tomado la decisión, Kira. Mi madre no tiene la culpa de nada, y mucho menos yo.

—La decisión de llevar uniforme la ha tomado el director junto a la asociación de padres y madres de alumnos, de la que precisamente tu madre es la presidenta, ¿o me equivoco?

—Bueno, sí. Pero eso no tiene nada de malo.

—¡Lo que me faltaba por oír! —repuso Kira poniendo los brazos en jarra.

—No pasa nada, Kira. El uniforme es muy elegante, de una calidad exquisita y nos permitirá a todos ser iguales.

—Bueno, a tu madre le permitirá ser un poco más rica, ¿no, Valentina?

—Desde luego, Kira, dices unas cosas... ¿Eso qué más da? —Valentina hizo un gesto de desdén, aunque se la veía algo nerviosa.

—¡¡¡Kira!!! —escuchó a su padre que la llamaba desde uno de los mostradores—. Ven aquí, haz el favor. Vamos a tomarte medidas para el uniforme nuevo.

—¡Voy, papá! —respondió esta sin dejar de mirar a su compañera de clase.

—Nos vemos en el colegio el lunes —se despidió Valentina, que se enrollaba un mechón de pelo en el dedo y hacía una pompa de chicle con la boca.

—Hasta el lunes, Valentina —le respondió Kira. Su voz estaba cargada de desprecio.

Pasaron el resto del sábado en casa arreglando el uniforme. Su padre tuvo que cogerle el dobladillo del pantalón. Encima de todo, no tenía ni la opción de usar falda, lo que la entristeció y la hizo enfadar mucho más.

El domingo Kira pasó prácticamente todo el día haciendo los deberes. Ella, que siempre los acababa en un abrir y cerrar de ojos, no era capaz de concentrarse.

Incluso renunció a ir a pasear por la playa con sus padres, como todos los domingos antes de comer, alegando que tenía muchos ejercicios de matemáticas por terminar. Pensó que si hacía cosas aburridas, el tiempo pasaría más lento y el lunes nunca llegaría.

Pero llegó.